



«Antes de despedirnos me atrevo a decirles una última cosa, que en Valladolid viven aún muchos de mis recuerdos». / R. ABELLA



SÁBADO DE GUARDAR
 por Rubén Abella

Tarde de paseo con Kublai Kan

Soy un hombre de ciudad. No lo digo ni con orgullo ni con vergüenza. Es una mera constatación. Un hecho. Como que llevo gafas. Como que calzo un cuarenta –poco, para mi estatura– y tengo el pelo castaño. Mis instintos

no funcionan bien en el campo, qué le voy a hacer. Se ofuscan. Se calan como el motor de un coche cansado. Me cuesta trabajo descifrar el lenguaje de la naturaleza. Déjenme en medio de un bosque y estoy perdido. Déjenme en medio de una ciudad –de cualquier ciudad–, y eso ya es otra cosa. Las ciudades las entiendo. Mal que bien, sé leerlas.

Allá por el año 1972 Italo Calvino publicó un libro maravilloso titulado *Las ciudades invisibles*. En él Marco Polo –el célebre mercader y explorador veneciano– le habla a Kublai Kan –emperador de los tártaros– de las ciudades imposibles que ha visitado en sus viajes: una ciudad microscópica que va ensanchándose y acaba formada por muchas ciudades concéntricas en expansión, una ciudad telaraña suspendida sobre un abismo, una ciudad bidimensional llamada Moriana... El emperador no cree todo lo que oye pero, melancólico, no deja de prestar atención. Ha comprendi-

do que su ilimitado poder poco cuenta en un mundo que marcha hacia la ruina. Es consciente de que la corrupción de su imperio está demasiado gangrenada para que su cetro pueda ponerle remedio. Sólo en los relatos de Marco Polo consigue discernir, a través de las murallas y las torres desti-

Las ciudades son lugares de trueque, de palabras, de deseos, de recuerdos

En adelante nosotros describiremos las ciudades, me dicen ustedes. Pero insisto

nadas a desmoronarse, «la filigrana de un diseño tan sutil que escapa a la mordedura de las termitas». Las ciudades que describe el veneciano desafían al Tiempo.

Dice Calvino en el prólogo que las ciudades son lugares de trueque, como explican todos los libros de Historia de la Economía, pero aclara que estos trueques no lo son sólo de mercancías, son también «trueques de palabras, de deseos, de recuerdos». Visto así, el libro –que se abre y se cierra con imágenes de urbes felices que cobran forma y se desvanecen continuamente– es un poema de amor a las ciudades. Y como ya se habrán dado cuenta, es precisamente de eso, de las ciudades –de mis ciudades, para ser más exactos–, de lo que hoy quiero hablarles.

Imaginemos por unos instantes que ustedes son Kublai Kan y yo Marco Polo. Estamos en el Palacio Real de Kemonfú, paseando en un jardín de magnolias, y yo les hablo de las ciudades posibles

que he conocido. Ciudades, esta vez, visibles. Casi en un susurro, para no ahogar el canto de los pájaros, les digo que a orillas del lago Ho Tay, en Hanoi, más allá del clamor de los mercaderes y de los bramidos del tráfico, hay un bar cuya terraza recibe a veces la visita de la luna llena. Los clientes, atónitos, le ofrecen cerveza y vino de arroz, pero la luna no bebe. Tampoco da las gracias. Flota en silencio entre las mesas de bambú y luego, taciturna y altiva, se sumerge en los pliegues negros del agua. Nos sentamos a descansar un poco en la escalinata del Palacio, acariciados por un viento distante. Aprovecho la pausa para contarles que en las noches de Mardi Gras, en el Barrio Francés de Nueva Orleans, las mujeres muestran los pechos asomadas a balcones de hierro forjado. A cambio los hombres, enardecidos, sin forma de ocultar el deseo, les arrojan desde la calle collares baratos. Ustedes, un poco incrédulos, aprietan con los labios el tubo de ámbar de la pipa. Me escuchan sin alzar la vista, con los pulgares de los pies curvados nerviosamente en las pantuflas de seda.

Mientras reiniciamos el paseo anudo las manos a la espalda y les digo que el ferry de Staten Island zarpa con tanta frecuencia que su estela nunca se borra del todo. Desde su proa se ve cómo, según los caprichos del cielo, cambia de color Manhattan. A veces es gris. A veces naranja. A veces azul. Subimos a la alta balastrada del Palacio y contemplamos la llanura infinita. Carraspeo y les cuento que hay un parque en Adelaida donde cada tarde, antes de morir el sol, se reúnen varias familias de aborígenes. Cantan. Beben vino en envases de cartón. Con frecuencia riñen. Y los que aún tienen memoria dibujan mitos en la arena con un palo. «De ahora en adelante seremos nosotros quienes describiremos las ciudades», me dicen ustedes, pero yo insisto y les hablo de los restos del muro de Berlín embadurnados de esperanza y grafitis, de un Madrid que no es el de antes porque todo ha cambiado, de un restaurante de Harare por el que hace años que no pasa el Tiempo.

Quiero hablarles también de Londres, Ámsterdam, Dakar, Copenhague y Bamako; de Hamburgo, La Paz, Manila, París y San José; de Dar es Salam, Tegucigalpa, Marrakech y Dublín. Pero se ha hecho de noche y ustedes bostezan. Los pajes encienden las antorchas y les guían a través de las terrazas del Palacio hasta el Pabellón del Augusto Sueño. Antes de despedirnos me atrevo a decirles una última cosa, que en Valladolid, en el centro de una llanura similar a la que ahora nos rodea, viven aún muchos de mis recuerdos.

